

# La renta básica

JUAN SANTAELLA

La renta básica es tan necesaria, para mantener el estado del bienestar, como la salud o la educación públicas



Hasta ahora, el trabajo era la mejor forma de desarrollo personal, el medio de formar una familia y aspirar a la seguridad y al reconocimiento social, pero el pleno empleo empieza a declinar. Como afirma James Livingston, todos los gobernantes, tanto de derechas como de izquierdas, pretenden lograrlo; sin embargo, en EE UU, con un desempleo de solo el 6% (casi pleno empleo), más del 25% de los que trabajan viven en el umbral de la pobreza, y la mitad de los trabajadores tienen derecho a cupones de comida.

Según un informe de la Universidad de Oxford, de 2016, el 57% de la fuerza del trabajo humano, en los países de la OCDE, está en riesgo de desaparecer por la competencia de la informática y de la robótica. Cada día más, el mercado va perdiendo empleos que a coste cero los van ocupando las máquinas. En España, 13,3 millones de personas viven en riesgo de pobreza, el 28,6% de la población (según la EAPN). De ellos, el 14,8% tienen trabajo. Y hay que integrarlos a todos, no podemos abandonarlos. Por ello, la renta básica es necesaria.

El historiador holandés Rutger Bregman, escribió, en 2014, 'Utopía para realistas', en el que defendía la renta básica universal y reducir la jornada laboral a 15 horas -como en su día propuso Keynes-, y abrir las fronteras, para acabar con la desigualdad. Para él, la renta básica es tan necesaria, para el estado del bienestar, como la salud o la educación públicas. Su aplicación sería más rentable que la pobreza -enormemente cara-, porque genera delincuencia, fracaso escolar, enfermedades físicas y mentales... Para él, esta renta sería el logro más importante del capitalismo.

Hoy, en Holanda, hay 20 ciudades

que aplican la renta básica y hay programas nacionales, en marcha, en Canadá y en Finlandia. Algo similar se acometerá en Oakland (EE UU), donde mil familias recibirán 500 euros. En nuestro país, algunos partidos exigen también la renta básica.

Finlandia, en 2017, aunque su renta per cápita es muy elevada, será el laboratorio mundial de la renta básica. Consiste el programa en que 2.000 ciudadanos recibirán, desde enero, 560 euros al mes, en un programa piloto que durará dos años. Esta renta la ven muchos economistas como un medio para engrasar la economía e incentivar los negocios.

Ante la precariedad del empleo, derivada de la competencia de la robótica, habrá que hacerse a la idea de que el trabajo no será, en muchas ocasiones, el que forje el carácter y el que permita desarrollarse familiar y socialmente. ¿Es posible recibir un sueldo para vivir, sin trabajar? ¿No será ese sistema una forma de promocionar la pobreza y la holgazanería? El problema no es si debemos hacerlo -puesto que será necesario-, sino cómo y cuándo empezar a hacerlo. Hay que empezar a gravar impuestos a las enormes ganancias empresariales que reportan los robots.

Y ¿cómo serán las nuevas relaciones sociales? ¿Serán aceptados socialmente los que tengan que vivir del erario público, sin trabajar? Para Freud el amor y el trabajo eran la esencia de la vida humana. Pero, ahora, ¿qué pasará? ¿El amor sobrevivirá a la falta de trabajo? ¿Y el reconocimiento social y personal? Hoy el trabajo lo es todo para nosotros, pero en adelante, para muchos, quizá deje de serlo, salvo que lo repartamos y controlemos el desarrollo informático. La solidaridad y el cambio hacia valores positivos y humanistas deberán atenuar el problema y suplir su ausencia.

## RAMÓN



# 'Lugares' comunes

OIHANA MARCO

En mayo de 1937, 4.000 niños vascos fueron enviados al Reino Unido con el fin de salvarlos del bombardeo de Guernica y de la guerra. Eran niños refugiados

En mayo de 1937, 4.000 niños vascos fueron enviados al Reino Unido de la mano de maestros voluntarios y curas, en un barco llamado 'La Habana', con el fin de salvarlos del bombardeo de Guernica y de la guerra. Al llegar a Southampton, fueron trasladados a varias colonias y campos de refugiados a lo largo del Reino Unido. Cuarenta niños fueron desplazados a Hull, la ciudad donde me enviaron desde San Sebastián para realizar un proyecto fotográfico, fruto de una residencia artística de intercambio entre cuatro capitales culturales europeas.

Como estamos inmersos en una gran crisis humanitaria, mi intención con mi trabajo era concienciar a la gente, mediante la comparación de estas dos realidades, la de los niños vascos de 1937 y la actual. En 1937, los británicos mostraron una gran solidaridad humanitaria al margen de ideologías (en contraste con el 'brexit'). Además, quería que la sociedad española reflexionara también sobre nuestro pasado como refugiados.

Los niños refugiados pasan ahora por situaciones similares a las de los niños vascos: algunos se ven obligados a abandonar el Reino Unido después de haberse adaptado, tienen que aprender un nuevo idioma, están solos sin sus familias y tienen necesidades emocionales que también atienden profesores, voluntarios o trabajadores sociales. Muchos menores están en plena crisis identitaria y, unido a su situación de desarraigo, está el saber que sus padres están muertos, el no saber si lo están o el haberlos perdido de camino a Europa. A ellos les dedico mi trabajo fotográfico, pero, puesto que realicé amplias entrevistas a adultos, me gustaría también hablar de ellos ya que tendemos a ver a los refugiados de forma indolente en las noticias constantemente.

De todos aprendí algo, porque en todo lo que una hace de forma profesional y artística hay algo personal. Como decía Farid, de origen argelino: «Inmigrante, demandante de asilo, refugiado... ¡qué más da! Todos somos pasajeros y extranjeros en el globo terrestre. Descansamos en paz... ¿por qué no podemos vivir en paz?».

Entre ellos, también estaba Roua, de origen sirio, universitaria, feminista y activista de derechos humanos. Esto le llevó a estar en la lista negra de su país y a no poder volver nunca más. Durante este proceso legal de asilo en el Reino Unido, su libertad de movimiento se restringió a los 8 meses que duró. Finalmente, tras múltiples entrevistas y pruebas para contrastar su historia, acento, y pruebas de que su vida corría peligro en Siria, consiguió recientemente su estatus de refugiada, algo que le avergonzaba pero que le servía para poder seguir con sus planes académicos y laborales. Su mensaje: «La Tierra es mi hogar, no te debo ninguna explicación ni tampoco el

resto de refugiados e inmigrantes, ¡supera tu falso e ilusorio sentido de supremacía y periodo de derecho propio!»

También conocí al entrañable Ayman, un hombre de 60 años, de origen sirio, que había tenido que huir con toda su familia. Fue dentista en su país durante más de 20 años. Pero el sistema británico se lo pone muy difícil para volver a ejercer. Es mayor, no tiene todo el tiempo del mundo, y sabe que tardará mucho tiempo en conseguirlo, pero sus palabras y su sonrisa son toda una lección de vida: «Los momentos bonitos se han convertido en momentos dolorosos ante la pérdida de todo. Aunque haya perdido a mi padre, mi madre, hermanos, hermanas y amigos... mi trabajo que ejercí durante más de 20 años

y me haya visto forzado al exilio, aún mantengo mis memorias y recuerdos, eso es algo que nadie puede arrebatarnos. Todavía tengo una visión optimista del futuro y ¡no dejaré que nadie me robe mis sueños!».

Cuando hablamos del problema que supone la ola de refugiados, hablamos más bien de un problema y de unos desafíos que, en buena medida, son nuestros aunque sus protagonistas, los que sufren, sean los refugiados. Es nuestra crisis, en varios sentidos y no la crisis de otros, como se ha construido desde una parte de los medios de comunicación y también en buena medida como consecuencia de mensajes de gobernantes europeos, a través de algunas falacias que es preciso analizar, criticar. El fenómeno migratorio está presente desde los albores de la historia

de la humanidad y la mayoría de las veces ha significado modernización y progreso humano. Todos somos, en mayor o menor medida, el resultado de desplazamientos que nos antecedieron. Sin embargo, en épocas de crisis económicas, político y social, los desplazamientos masivos de población, si no son encauzados con políticas migratorias eficaces y democráticas, pueden ser objeto de manipulación política (como ocurre con Trump) y, en consecuencia, de tensión entre grupos étnicos distintos.

Estamos ante una crisis, por qué no decirlo, también de valores. El recuerdo de nuestro éxodo en el pasado debería despertar nuestra memoria histórica para entender, aceptar y superar los estereotipos negativos de rechazo y aquellas creencias erróneas que tenemos sobre la realidad de todos los refugiados o personas desplazadas. Son «gente común» con la que compartimos espacios y 'lugares' comunes y las mismas emociones y derechos humanos sin importar las diferencias culturales, religiosas, políticas o de género. El derecho al asilo es un derecho recogido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948.

No habrá justicia si no hay deber y conciencia. ¡Despertemos los nuestros de una vez!



:: JOSÉ IBARROLA